

Mesa redonda sobre política exterior de Chile

Como publicación académica multidisciplinaria, *Estudios Internacionales* acoge en sus páginas el producto del trabajo y de las investigaciones de profesionales y especialistas que se dedican al estudio y la difusión de los distintos aspectos del amplio campo de las relaciones internacionales. A fin de permitir que sus lectores conozcan no solo el fruto de la labor individual sino también, de primera mano, las opiniones intercambiadas en reuniones informales de expertos en torno a distintos temas de interés actual, desde hace un tiempo la revista ha venido organizando reuniones de mesa redonda en las que académicos y especialistas debaten sobre un tema determinado. Posteriormente, se publica una reseña de las alternativas de estos ejercicios colectivos. Así, en una primera oportunidad se eligió como tema de discusión el recién inaugurado gobierno de Barack Obama en Estados Unidos; luego, en una segunda, se cambiaron ideas sobre la relación Chile-Perú., que fue tan fructífera como para ser objeto de un interesante comentario del Embajador de ese país.

En esta tercera oportunidad, Estudios Internacionales invitó a Hernán Felipe Errázuriz, Teodoro Ribera, Alberto Van Klaveren, Ángel Flisfisch y Juan Gabriel Valdés a que dieran a conocer sus opiniones sobre la política exterior de Chile desde una perspectiva de mediano plazo. El Director de la revista instó a los participantes a compartir libremente sus impresiones, entre otros temas, sobre los actores que partici-

pan en los procesos de la política exterior; en qué medida la opinión pública es un factor de ella, cómo la Internet cambia la naturaleza de la participación en un país, la proliferación de organizaciones no gubernamentales y cómo estas compiten con los grupos de interés establecidos y los partidos políticos y el entrelazamiento cada vez más estrecho entre la agenda interna y la agenda internacional del país. También los invitó a examinar el tradicional predominio del poder ejecutivo, arraigado en la cultura política y consagrado en normas constitucionales y legales, todo ello en relación con los problemas cada vez más complejos de coordinación al interior del poder ejecutivo, en circunstancias que cada vez más ministerios tienen algún grado de actividad internacional y que la Cancillería mantiene pendiente un plan de modernización. Los instó asimismo a considerar el papel del Congreso Nacional en los acuerdos internacionales y el fenómeno creciente de la diplomacia parlamentaria, a mirar ampliamente las áreas geográficas de nuestra política exterior, las relaciones con los países americanos, Europa y Asia Pacífico, y a preguntarse si piensan que se darán pasos para desarrollar nuestras relaciones con África y otras partes del mundo hasta ahora escasamente alcanzadas por nuestra política exterior.

A continuación, *Estudios Internacionales* ofrece una breve reseña de las intervenciones, en el orden en que tuvieron lugar, agregándoles algunas opiniones surgidas en el debate posterior a las intervenciones que constituyeron el cuerpo de la reunión.

■ Hernán Felipe Errázuriz

(Ex Embajador, ex Ministro de Relaciones Exteriores)

Hemos sido invitados a exponer nuestros puntos de vista para proyectar la política exterior de Chile con una visión de mediano plazo. En las empresas, cuando se realiza esta clase de ejercicio se elaboran un presupuesto y un programa, generalmente para cinco años, que se van actualizando anualmente de acuerdo con las circunstancias. En este caso tendríamos que aplicar los principios permanentes de la política exterior chilena a las nuevas realidades.

Entre estas nuevas realidades, cabe destacar que Chile está próximo a transformarse en la primera economía desarrollada de América Latina y tiene mayores obligaciones internacionales, que hay desarrollos científicos y tecnológicos que debemos incorporar con la mayor rapidez para mejorar nuestro bienestar y competitividad y para agilizar el desarrollo y la seguridad; el desinterés de Estados Unidos por América Latina; el escalamiento del poder de los BRIC, con Brasil como uno de sus integrantes; el creciente multilateralismo; el avance de China hacia ubicarse en los próximos cinco años como primera economía mundial; la pérdida de influencia de Europa y la irrupción de las redes sociales en la diplomacia pública. En el entorno vecinal, es preciso tener presente su complejidad ya que el fallo en la cuestión de la delimitación marítima reclamada por Perú coincide con el plazo fijado por la Constitución boliviana para denunciar el Tratado de paz de 1904, o negociar la incorporación marítima soberana de Bolivia en la Asamblea General de la OEA, que debería celebrarse en La Paz en 2012 y la desclasificación de los documentos británicos sobre las guerras de las Malvinas, en que los sectores nacionalistas argentinos buscarán material que nos cause problemas.

La primera prioridad de nuestra política exterior serán más que nunca las relaciones vecinales, que se tornarán más complejas por la coincidencia de factores de tensión y de conflicto con Perú y Bolivia y por el incremento en nuestro territorio del tráfico de drogas proveniente de esos países

que son los mayores productores mundiales de cocaína. Esta situación exigirá dar a esas relaciones mayor contenido político y complementar el aspecto jurídico de nuestra defensa frente a la aspiración marítima boliviana y a la reclamación de delimitación marítima planteada por Perú. En otras palabras, además de seguir basando la defensa chilena en el derecho de los tratados habrá que agregar elementos políticos a la defensa y difusión de nuestras posiciones. Por ejemplo, habría que señalar y valorizar el costo para Chile del libre tránsito boliviano, los costos que hemos asumido en materia de infraestructura desde 1904, que nos ha significado eliminar sin reciprocidad los derechos de las exportaciones bolivianas a Chile, desmentir con un informe económico que la pobreza de Bolivia sea resultado de su mediterraneidad y con un estudio comparado de los acuerdos de libre tránsito y libre comercio que tienen los más de 40 países mediterráneos de África, Asia y Europa, para demostrar que las ventajas concedidas por Chile son excepcionales. Estos estudios podrán además servir para mejorar el libre tránsito y detectar nuevos espacios de cooperación.

En cuanto a Argentina, hay buenas probabilidades de mejorar y profundizar las relaciones. Desde luego, Argentina no tiene la carga de conflictos históricos como los demás vecinos. Es inexplicable que nuestras exportaciones a ese país sean inferiores a aquellas destinadas al Perú, que no haya inversiones argentinas en Chile y que disminuyan las nuestras en el país trasandino.

Una vez superado el fallo del tribunal de La Haya y bien manejado su desenlace, se abre la posibilidad de que las relaciones con Perú se reanuden de manera constructiva. Pero es preciso trabajar y preparar ese desenlace con el gobierno peruano.

Como potencia mundial emergente Brasil es clave en nuestras relaciones y en el plano regional debería interesarnos de manera especial otorgándoles prioridad debido a la influencia que ejerce en el mundo y a su representatividad de la región en los foros mundiales, a su irrupción en las elecciones peruanas y a su interés geoestratégico en ese país por sus recursos energéticos, en especial hídricos, para suministrar electricidad a Sao Paulo. En consecuencia, es fundamental atraer la atención

y densificar los lazos con Brasil así como con Estados Unidos, dos países que han perdido interés en la región, incluido Chile.

Estados Unidos seguirá siendo la primera potencia mundial en esta década y probablemente en las siguientes. En el plano mundial no deberíamos simplificar demasiado y pensar que a mediano plazo el país habrá perdido poder. A mi juicio, pese a que Estados Unidos muestra menos interés en América Latina, seguirá siendo la primera potencia militar, diplomática y líder en ciencia y tecnología del mundo durante los próximos diez años, si no más.

El creciente multilateralismo nos obliga a aumentar las consultas con otros gobiernos y a promover la reforma de la OEA y la convergencia de organismos regionales como UNASUR y MERCOSUR, y mundiales como las Naciones Unidas y el FMI.

Es preciso asumir y capitalizar la globalización mediante un redespiegue de nuestras misiones en el exterior en regiones en que estamos ausentes, especialmente el África subsahariana y Eurasia, así como en el Báltico. Se da el absurdo de que en la región subsahariana, donde se congregan 48 países, esto es, casi diez veces más que en el norte de África, solo tenemos una embajada en Sudáfrica y otra en Kenia, pero no estamos presentes en Nigeria ni otros países importantes de esa región. Mientras que África subsahariana crece a un ritmo superior a la del norte, nuestro comercio con ella equivale apenas al 0.4% de nuestras exportaciones. Brasil tiene 37 embajadas en esa región y representa el 10% de su comercio, algo similar a Argentina. Tampoco tenemos presencia en Asia central, donde se encuentran Ucrania y Kazajstán que junto con el África subsahariana dominan el foro de los Países No Alineados, frente al cual nos encontramos en una situación incómoda debido a nuestro ingreso a la OCDE. En cambio, en el norte de África tenemos embajadas en toda la región salvo Libia y Túnez, donde fue cerrada hace algunos años.

En un marco de globalización los mercados energéticos se han politizado debido a que la energía se usa políticamente: Chávez, Putin, Gaddafi y Morales así lo hacen. Sabemos que la principal vulnerabilidad de nuestra economía y de nuestra seguridad proviene de nuestra apretada matriz energética, puesto que hemos postergado indefinidamente la generación nuclear y dificultado, a mi juicio por falsas razones escéni-

cas, la generación hidráulica y por razones ambientales las termoeléctricas, sin considerar que no alcanzamos a producir más que un 0.5% del petróleo que consumimos. Asegurar el consumo de 233 mil barriles al día no es también una tarea de la diplomacia; importar 100 millones de barriles al año no es cifra desdeñable: el solo impacto de la situación en el Medio Oriente nos significarán este año entre 2 y 3 mil millones de dólares en la cuenta comercial del país.

Tan importante como el comercio exterior es la transferencia del conocimiento de la ciencia y la tecnología extranjeras y ello significa que hay que readecuar el aparato estatal y diplomático en esta materia y enfatizar el rol coordinador de la Cancillería y la prioridad que debería tener para nuestras misiones en el exterior. Al respecto, hay una superposición de instituciones: por un lado, están los ministerios de educación y economía, CONICYT, la Fundación Chile y la Cancillería, y por el otro, el papel de la CORFO. Tan importante como la Dirección Económica de la Cancillería sería una dependencia especial para coordinar y promover los intercambios científicos, tecnológicos y de innovación, tal vez mediante consulados orientados en ese sentido y dotados de funcionarios especialistas en la materia, desde luego en California a raíz del Plan Chile-California.

Cuando el proteccionismo vuelve a presionar y la defensa del libre comercio se debilita, hay que incorporar a la diplomacia la libre circulación de los bienes y servicios: parecería que dejamos de lado el libre comercio como constante de nuestra política exterior. Estados Unidos ya no lo promueve con igual fuerza que antes y la crisis ha dado lugar al resurgimiento de las presiones proteccionistas. Para nosotros, el libre comercio es fundamental. Vemos que de tiempo en tiempo Argentina y Venezuela obstaculizan nuestras exportaciones y preferimos guardar silencio. En un país abierto como el nuestro el intercambio representa el 70% del PIB, de modo que lo que suceda con el libre comercio es decisivo, es un principio al que el gobierno actual debiera dar especial importancia.

En la formulación de la política exterior hay elementos nuevos que considerar: la mayor participación del Congreso, de los medios de comunicación, de grupos de presión y de interés y, en el futuro próximo, de las redes sociales. Todo lo

anterior conduce a que en la formulación de la política exterior se requiera cada vez más la realización de consultas, de mayor participación y de diplomacia pública. Las políticas ya no serán decididas únicamente por lo que piense el presidente y recomiende la Cancillería: habrá otros agentes influyentes, como se vio en el reconocimiento del Estado palestino. Aunque me declaro muy escéptico de la acción a corto plazo de estas redes sociales, del Twitter, del Facebook y otras, hay que tenerlas en cuenta.

Para aumentar nuestra presencia internacional y mejorar la coordinación, el preciso reformar la Cancillería. El ministerio de relaciones exteriores no puede seguir entrabado por su vetusto estatuto de 1978 y por su escasa dotación de personal. Para enviar embajadores a países lejanos hay que disponer de un mecanismo que dé prioridad a gente joven o a quienes no tengan familia. Se requieren mejores medios de coordinación que los actuales.

Cuando se trata de asuntos que tienen impacto internacional hay que aumentar el rol coordinador de la Cancillería, incluso con las Fuerzas Armadas. Hace algunos días el ministro de defensa inauguró con bombos y platillos el complejo del Ejército en Arica. Esta clase de acciones ciertamente crea reacciones externas en tiempos en que se nos acusa de militarismo y de gasto militar excesivo. Y la inauguración no tenía sentido porque el complejo estaba funcionando desde hacía casi un año. Igualmente desacertado fue el diseño inicial de la Operación Salitre II de la FACH que dio lugar a reclamos de Perú y que luego fue modificado. Personalmente, comparto la impresión de que la pateadura de tablero que hizo Evo Morales fue en parte una reacción a la actuación de la policía chilena en el caso Sanabria. Estoy convencido de que fue una demostración de que la confianza que se merecían los dos países no se condecía con la realidad y con el hecho de que existiera un agregado policial encargado de coordinar las acciones contra el narcotráfico cuando la policía y el ministerio del interior chileno se entendieron directamente con la DEA norteamericana, actuando a espaldas de los bolivianos y de la Cancillería, Podía haberse actuado en secreto y solamente con la DEA para descubrir la complicidad del general boliviano con los carteles bolivianos que utilizaban a Chile para el tránsito de la

droga, pero una vez sorprendido el general debió informarse a la Cancillería para que se encargara de manejar el caso con Bolivia y permitirle que expurgara la corrupción. No se puede mantener por mucho tiempo esta falta de coordinación, que es constante y corriente en nuestro país.

Para concluir, es urgente mejorar la coordinación en la formulación y aplicación de nuestra política exterior; aumentar los recursos destinados a este cometido, asegurar la presencia de Chile en regiones de las que estamos ausentes e incorporar la diplomacia pública. Más allá de los aspectos operativos que son indispensables para una mejor diplomacia, hay factores y contenidos nuevos y realidades emergentes que hay que incorporar en nuestra diplomacia en los próximos años.

■ Teodoro Ribera

(Ex parlamentario, Rector de la Universidad Autónoma del Sur)

Dado el tema que nos reúne hoy aquí, cabe recordar que hace algún tiempo Estudios Internacionales publicó una reseña mía sobre el libro *Perspectivas, proyecciones y desafíos de la política exterior de Chile*, elaborado por la Dirección de Planificación del Ministerio de Relaciones Exteriores. En esa oportunidad señalé que «la reinstalación de la democracia en Chile a comienzos de los noventa conservó los principios permanentes de nuestro ethos internacional, como lo son el respeto del derecho internacional, la intangibilidad de los tratados, la no intromisión en los asuntos internos de otros Estados, pero conllevó la natural reformulación de algunos fundamentos, intereses y objetivos de la política exterior chilena». También destacué, entre otras cosas, cómo se promovió una agenda internacional activa en materia de derechos humanos y gobernabilidad y tomó vigor el proceso de inserción en el comercio internacional mediante la celebración de tratados de libre comercio. Sin embargo, tal vez por una inadecuada evaluación diplomática de quienes gestionaron las relaciones

internacionales en el período se produjeron fallas importantes en la prevención, dimensión y gestión de litigios clave como la disputa territorial sobre Laguna del Desierto, el suministro de gas a Chile proveniente de Argentina y eventualmente de Bolivia y la ausencia de un diseño estratégico de mediano y largo plazo en la relación con Perú, la apertura negociadora amplia con Bolivia sin tener mayor consenso interno ni claridad sobre sus verdaderos límites. Creo que ahora que viene al caso recordar lo anterior ahora que hemos sido llamados a dar a conocer nuestras impresiones sobre la política exterior de Chile con una visión a mediano plazo.

Para comenzar, creo que en los próximos años la agenda de la Cancillería estará marcada por los temas vecinales, en especial limítrofes. En lo que respecta a la cuestión marítima planteada por el Perú ante la Corte Internacional de La Haya, cuyo fallo debería conocerse en 2013, fuera de incrementar nuestros esfuerzos en una buena defensa de nuestros intereses enfrentaremos el desafío de construir los escenarios de respuesta, puesto que en los próximos años la relación entre ambos países estará marcada por las primeras reacciones de los Estados a la sentencia, que de seguro impactará fuertemente el imaginario colectivo, tanto en Perú como en Chile. Por eso, pienso que es urgente disponer de una agenda de intereses y relaciones múltiples que amortigüen estos efectos puesto que si los países carecen de una agenda de futuro y no son capaces de administrar las primeras declaraciones de manera coordinada, puede producirse un recrudecimiento de los desencuentros entre ambos. Nuestra manera de reaccionar no será un juego de suma cero y probablemente se mantendrá por mucho tiempo en la conciencia cognitiva de ambos pueblos. Mi impresión es que la sentencia no será blanco ni negro.

El tema de la mediterraneidad de Bolivia ha vuelto a convertirse en el hito central de la relación chileno-boliviana y su reivindicación constitucional de un acceso soberano al mar, que tiene como fecha de quiebre el 6 de diciembre de 2013, dificultará la construcción de una agenda de futuro entre ambos países. En consecuencia, es fundamental consensuar con ese país una política que trascienda el tema y me parece que en esta materia carecemos de una política de Estado. En efecto, si se revisa nuestra política exterior frente a Bolivia se

comprueba que ha sido un tema coyuntural, de la oportunidad que se presenta. Los gobiernos, sea de derecha, de izquierda o de centro, civiles o militares de alguna manera ha soslayado el tema y mientras parte de la población sostiene que nada debemos a Bolivia, otra piensa que hay un sentimiento de culpa, pero privadamente ambos tienen conciencia de que en el mejor de los casos el tema incomoda. Me parece que aquí nuevamente se está dando que el gobierno entrante sostiene que se le ha dejado una situación en que se le pide más de lo que está dispuesto a dar. Tenemos que reconocer que una Bolivia inestable y pobre es un factor negativo para Chile y en consecuencia no nos debe dar lo mismo que sea estable o inestable y nuestra política con el país necesariamente tiene que considerar dos agendas paralelas, una en la que tienen que participar el Presidente de la República, la Cancillería y el Congreso Nacional, y tratar de consensuar lo que estamos o no dispuestos a hacer para que esto sea un tema de Estado y no de gobierno. Pero paralelamente debemos tener una política de vinculación de las respectivas sociedades. En esta materia nuestra acción hacia Bolivia tiene que estar dada principalmente por intercambios estudiantiles, formación profesional, asistencia técnica etc.

En cuanto a nuestra vecina, Argentina, la probable reelección de Cristina Fernández augura relaciones sin consideraciones especiales, pero pragmáticas al fin, donde la movilidad de la agenda dependerá de las repercusiones que nuestra propia política exterior tenga en la política interna trasandina. Lo importante es intensificar una agenda que privilegie los puntos concordantes y postergue las diferencias de todo tipo. Al respecto, hay que impulsar proactivamente la implementación del Tratado de Integración con ese país, concibiéndolo como un objetivo estratégico de mediano y largo plazos. Asimismo, la mejora de la conectividad con Argentina y en especial la construcción del túnel de baja altura debe analizarse no solo desde el ángulo de las conveniencias para el tráfico bilateral de bienes y personas, sino especialmente de nuestro interés en consolidar a Chile como país plataforma para el Asia, lo que exige un acceso seguro a mercados masivos como el argentino y el brasileño.

Fuera del tema bilateral, creo que en el futuro habrá que ocuparse del impacto de las redes sociales. Es un tema que debemos tener en cuenta porque tenemos una visión muy reduccionista de considerar que nuestras relaciones bilaterales con países con los cuales tenemos conflictos se limitan al tema jurídico. Pese a que soy abogado debo reconocer que no todo es jurídico y por lo tanto nuestros títulos pueden ser más o menos inmaculados, pero en el mundo actual se da una realidad distinta que es el factor inmanejable de las redes sociales. Por ejemplo, cuando se trata de hacer algo respecto del tema del medio ambiente, en que hay riesgos y oportunidades, hay que considerar también los derechos de las minorías debido a su capacidad de articularse a nivel internacional, lo que puede conducirnos a problemas. Volviendo al caso de Bolivia, no basta con tener títulos, tener tratados, tenemos que considerar que tenemos un país pobre, indígena, altiplánico, rico en recursos energéticos, vecino de otro relativamente más desarrollado, preferentemente exportador, que carece de estos.

Otro tema, es el poblacional. Se prevé que en 2035 Chile tendrá una población de 19 a 20 millones de habitantes, Argentina de 44 millones, Perú de 36 y Bolivia de 15. La población es un factor de poder mundial que tenemos que manejar. En el caso de Chile, la población no crece y se envejece, y en zonas limítrofes como Arica y Parinacota se redujo 6% de 1995 al 2005. Por su parte, la de Magallanes disminuye en términos relativos al entorno vecinal, lo que se vincula con el tema de la natalidad o de la migración, y me parece que en esto también nos falta visión de cómo lo vamos a hacer. Esto afecta nuestra seguridad interior y disminuye nuestra relevancia internacional por lo cual para el país se convertirá en un desafío impulsar medidas correctivas pronatalidad o paliativas, fomentando la inmigración. En esta última materia, el Decreto Ley del año 1978, tiene connotaciones relativamente racistas sobre quienes pueden o no ingresar y permanecer en el país. Además, no sé si tenemos conciencia de la importancia de fortalecer nuestra presencia en los organismos internacionales, especialmente jurídicos. Como país pequeño, es importante que seamos representados en ellos por personas capacitadas. Si lo jurídico y lo económico van a ser determinantes en nuestra política exterior, lo lógico es que la Cancillería disponga de los pro-

fesionales especializados necesarios para poder resolver los problemas que se presenten sin necesidad de tener que recurrir a asesoramiento externo..

El tema de la reforma del Ministerio se remonta a 1991, año en cual se presentaron ya proyectos para estos fines. Necesariamente hay que generar políticas de incentivos. En la actualidad, el ingreso no es atractivo económicamente para la juventud, requiere de una gran vocación. Es un problema que también afecta a los militares, y que trata de resolverse especialmente mediante las jubilaciones tempranas, etc. Hay que hacer una reformulación de la ubicación de las embajadas, unir embajadas y oficinas comerciales, generar multifuncionalidad. Todo ello exige determinar previamente cuál es el rol que debe desempeñar la Cancillería y a partir de allí reorganizar sus estructuras y promover sistemas de evaluación por desempeño que premien el cumplimiento de metas, evitando las influencias políticas en los procesos de ascenso y favoreciendo estructuras más horizontales, cooperativas y dinámicas. Al respecto, la Cancillería debe tener un sistema de gestión integrado que construya a partir de objetivos estratégicos y establezca metas para las embajadas, misiones, consulados y oficinas comerciales, de modo de asignar los recursos de manera coherente y no solo por la vía del mero reemplazo o de la práctica histórica. Asimismo, ante la multiplicidad de actores diferentes de los Estados que existen actualmente en el contexto internacional, caracterizado por las organizaciones internacionales, las organizaciones no gubernamentales o los simples grupos de presión, parece adecuado construir instancias para una mayor coordinación e integración de los actores que influyen o actúan en el escenario internacional. Ello debe comenzar por una coordinación mayor al interior de la administración del Estado (ministerios de relaciones exteriores y de defensa y Presidencia de la República) como también entre esta y el Congreso Nacional y el Poder Judicial. Ello es además necesario puesto que el hecho de que la política exterior es aún un tema de elite y se caracteriza por los dictados presidenciales y por las decisiones adoptadas en instancias ministeriales acrecienta el secretismo y dificulta consensuar lineamientos estratégicos de largo plazo.

■ Alberto Van Klaveren

(Ex Subsecretario de Relaciones Exteriores)

Me parece que en los próximos años tendremos numerosos desafíos que enfrentar en materia de política exterior. Empiezo por lo más fácil: lo primero es agregar profundidad y valor a los acuerdos marco que tenemos con nuestros principales socios extrarregionales. A mi juicio, una de las grandes ventajas que tiene Chile en el plano internacional es que sus relaciones con sus principales socios fuera de la región, los Estados Unidos, la Unión Europea y el Asia Pacífico, están muy consolidadas. En los dos primeros casos hay un equilibrio adecuado entre los componentes económicos y políticos de la relación, entre acuerdos comerciales de última generación y un diálogo político maduro, que incluye tanto las numerosas áreas en que coincidimos como las más escasas pero sensibles diferencias que también existen, como no haber apoyado a los Estados Unidos cuando buscó legitimar en el Consejo de Seguridad su (segunda) guerra contra Irak, en 2003. Sin embargo, en lo que respecta al Asia Pacífico, pese a que Chile ha logrado construir una relación muy sólida en la región, todavía tiende a predominar mucho el enfoque comercial, que en gran medida está determinado por el mercado, en el sentido de que Chile exporta las materias primas que Asia requiere para apoyar su enorme crecimiento económico. Es decir, el mérito del extraordinario aumento de nuestras exportaciones al Asia se debe, al menos en esta etapa, tanto al mercado como a la acción de la política exterior. Por el contrario, en el área cultural y de los vínculos sociales, se hace presente cierta dificultad para otorgarle mayor densidad a la relación con los países asiáticos, una carencia que se acentúa cuando Chile no cuenta con la inmigración de origen asiático comparable, por ejemplo, con la de países como Brasil o Perú. Pienso que de alguna manera hay que compensar esta desventaja mediante una política más activa, que destine más recursos a los intercambios culturales y académicos y que al mismo tiempo atribuya mayor importancia a los componentes no económicos de la relación.

En cuanto a los Estados Unidos y la Unión Europea, comparto lo dicho por Hernán Felipe en el sentido de que los desafíos están muy centrados en los temas de la ciencia, la tecnología y el capital humano, que son las áreas más innovadoras de la relación. Creo que estos temas pueden desarrollarse y no representan un área especialmente problemática.

Además, está el tema de las economías emergentes, básicamente de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica) a los cuales deberíamos agregar Turquía, que requieren de atención especial y no solo en el ámbito económico.

Personalmente, soy un tanto escéptico en cuanto a la posibilidad de invertir en esta etapa, grandes recursos en la búsqueda de nuevas relaciones con los países de África o Asia central. Creo que los modestos recursos de política exterior con que podemos contar deben ser empleados con una priorización muy clara y deben concentrarse en aquellas áreas en que existen intereses concretos y específicos. La red de embajadas y consulados de que dispone Chile es bastante proporcional a su papel en mundo y a los recursos disponibles. Incluso podría argumentarse que quizá haga falta una mayor racionalización y una concentración de recursos en los países prioritarios. Por cierto, la realidad internacional evoluciona constantemente y la acción exterior debe adaptarse a esa evolución. En el pasado Chile concentró muchos recursos en Europa y pocos en Asia y en ese ámbito incluso existe cierto desequilibrio entre embajadas y consulados.

A mi entender, el segundo desafío de nuestra política exterior está en su política multilateral, área en que la política exterior chilena ha tenido gran éxito. Cada vez hay más regímenes internacionales que tienen un impacto muy directo en nuestro país, por mucho que no siempre se tenga conciencia de ello. Mi impresión es que hay que situarse a la vanguardia en algunos temas que pueden tener grandes repercusiones, incluso en nuestra cultura exportadora, como sucede por ejemplo en materia de cambio climático y huella de carbono. Sin embargo, precisamente en estas nuevas áreas se observan carencias importantes que no derivan de la diplomacia sino de la falta de definiciones nacionales y de problemas de coordinación entre los actores relevantes en cada área. Ello explica que nuestros planteamientos hayan sido más bien generales y

siempre cautelosos y que no siempre haya sido fácil explicar cuál es exactamente la posición de Chile en esta materia. Claro está, podemos citar a algunas figuras mundiales, como el ex Presidente Ricardo Lagos, pero cuando se trata de definir intereses concretos y específicos, la verdad es que ha resultado difícil encontrar puntos de acuerdo, entre otras razones porque el propio Estado no ha logrado una buena coordinación. En mi opinión deberíamos adoptar una posición más activa ya que el tema muchas veces repercute en tomas de posición que son importantes.

La tercera área que quiero mencionar es la política latinoamericana. Me parece que en esta materia ha habido avances. Desde luego, ha existido continuidad entre la política de la Concertación y aquella de la administración actual y no creo que haya un problema de falta de atención de parte de la Cancillería. Más bien, en general en el país tiende a hacerse presente cierta falta de convicción, una visión más bien esceptica de América Latina y de sus procesos de integración. A veces somos un participante un poco reticente en algunas iniciativas. Basta recordar la dura crítica que mantuvo la prensa escrita frente a la UNASUR o, en su momento, frente a nuestro acuerdo de asociación con el MERCOSUR. Pienso que desde el punto de vista de nuestros intereses nacionales y de nuestras relaciones vecinales esta reticencia frente a las iniciativas regionales puede ser muy compleja y puede dejarnos aislados como país. Quizás haya que hacer un esfuerzo mayor, aceptando la diversidad de la región, partiendo de la base de que la institucionalidad de la mayoría de los países de América Latina es distinta de la nuestra y se rige por conceptos que tal vez no resulten aceptables desde el punto de vista interno chileno. Me parece que al respecto hace falta una política extremadamente pragmática. Admiramos mucho la diplomacia brasileña, en circunstancias de que a mi juicio la característica básica de Brasil es su acendrado pragmatismo, del que tenemos mucho que aprender. Hay que evitar las polarizaciones, evitar los ejes y restaurar cierto equilibrio entre nuestros socios del Pacífico y nuestros socios del Atlántico. A veces tendemos a mirar los procesos de integración en función del Pacífico, lo que me parece un error si se trata de una política exclusiva o excluyente. Creo que la política no ha sido concebida de

esa manera, pero puede llevarnos en esa dirección. Nuestro objetivo de ser puente hacia la Cuenca del Pacífico solo tiene sentido si se dirige hacia el interior de Argentina, Brasil y Bolivia. Los países del Arco del Pacífico son socios, pero también competidores en ese empeño. Las relaciones de Chile con los países del MERCOSUR son extraordinariamente relevantes tanto en materia económica como política y estratégica.

Quedan por último, *last but not least*, nuestras relaciones vecinales, el desafío mayor de la política exterior de Chile. Se trata de un escenario complejo, pero no necesariamente catastrófico. Si se quiere, es el nudo gordiano de nuestra política exterior, algo en que hemos podido avanzar menos que en otras áreas, por razones que sería largo analizar pero que tienen más que ver con la historia y las culturas de política exterior que con la voluntad política de los gobiernos. Creo que el escenario de la «tormenta perfecta», de problemas serios con los tres vecinos, es un escenario exagerado y que se manipula con cierta intencionalidad. Incluso si fuera una hipótesis cierta, lo que no creo, habría que trabajar para evitarla y no para alimentarla. A mi juicio, en la relación vecinal hace falta mucha sintonía fina. En esta materia la forma importa tanto como el fondo y ello es especialmente aplicable a nuestros vecinos del norte. Por otra parte, la profundización de nuestra relación con Argentina constituye un desafío estratégico. Pese a las diferencias que puedan existir se trata del único vecino con el cual hemos logrado desplazar la agenda histórica a favor de una agenda nueva. Los temas tradicionales no han desaparecido, pero el eje de la relación se ha desplazado más hacia la cooperación y hacia la confianza mutua, precisamente en la sensible área de la defensa. Esto no lo hemos logrado con Bolivia ni con el Perú, pero sí con Argentina, país con el cual debemos consolidar una alianza estratégica. Tampoco hay que alentar escenarios catastróficos con Perú, porque no se justifican. La interdependencia que se ha generado entre ambos países objetivamente aumenta el costo de los conflictos bilaterales y eso se sabe tanto en Lima como en Santiago. Y con Bolivia debemos perseverar en la búsqueda del diálogo, para lo cual hace falta mucha sintonía fina y entender que en esta etapa el proceso y los gestos son tanto o más importantes que los resultados.

En cuanto a la modernización de la Cancillería, solo me cabe recordar que en Chile no hay un referente general para la modernización del Estado que permita, por ejemplo, introducir y aplicar criterios generales y comunes a toda la administración del Estado. De partida, el concepto vigente de carrera funcionaria es de una gran rigidez y en muchos casos favorece la antigüedad por sobre el mérito. Las plantas funcionarias son estáticas, al punto que la dotación de la Cancillería es virtualmente la misma de hace 30 años, cuando las necesidades internacionales del país eran mucho menores. No existe un sistema eficaz de incentivos profesionales y se mantiene una estructura interna un tanto rígida y jerarquizada que dificulta la gestión. En este contexto de falta de un referente general para una modernización más profunda, el enfoque gradual parece más recomendable.

■ Ángel Flisfisch

(Ex Subsecretario de Relaciones Exteriores)

Me gustaría comenzar por el tema de la modernización de la Cancillería. Efectivamente, al respecto hay dos modelos posibles. A uno de ellos lo llamaría corporativo. Se trata de un modelo más clásico, anclado en una carrera de servicio civil exterior profesional, significativamente cerrada, con mecanismos claros de contratación y de movilidad dentro de ella. La verdad es que manteniendo ese modelo, que claramente orienta todo el movimiento corporativo dentro de la Cancillería, o el sindicalismo del servicio exterior, va a ser difícil superar lo que tenemos actualmente, que es claramente deficiente.

Mi opinión es que el sistema de movilidad dentro de la carrera se basa muy poco en una evaluación objetiva de capacidades y desempeño y, a juzgar por mi experiencia de algunos años en la Cancillería, es poco transparente y presenta elementos claros de opacidad. A lo largo de los años he prestado

servicios en diversas organizaciones solo una de las cuales es la Cancillería, y nunca me había tocado vivir climas tan tensos y podría decir que incluso perversos, como los que se producen allí año a año, en términos de un ciclo bien establecido, durante los treinta días anteriores y los treinta posteriores a las decisiones y notificaciones sobre destinaciones.

Me inclino por un modelo más contemporáneo, mucho más parecido al neozelandés, quizás con una carrera diplomática abierta, o relativamente abierta, porque no niego las virtudes de un servicio civil diplomático profesional, pero sí creo que sería conveniente un sistema que contemple ciertos mecanismos que permitan cooptar dentro del mismo sector público los recursos humanos que sean necesarios. Creo que allí hay un problema de difícil solución.

A ello hay que agregar los problemas de coordinación que ya se han mencionado, ya que sin duda en la política exterior chilena la Cancillería no es el único actor. Hay también otros, un conjunto de actores en la administración pública respecto de los cuales se requiere coordinación, como bien señalaba Hernán Felipe respecto de lo militar y la política exterior. Quizás ese es uno de los ejemplos más visibles, pero el tema de la coordinación al interior del sector público es mucho más amplio, involucra a todo el sector.

La forma en que se ha abordado el tema ha sido deficitaria. Se han planteado soluciones muy débiles, como la coordinación que lleva a cabo la actual Segpres con los demás ministerios. Hay una suerte de espejo, esto es, funcionarios de la Segpres que son designados en cada ministerio, pero cumplen una función secundaria y débil, en ningún caso como la que cumple el ministerio alemán del caso con sus delegados en los diversos ministerios. Debo recordar que Itamaraty tiene funcionarios en todos los ministerios, lo que permite una política exterior coordinada, multiministerial, y esa ausencia en el caso nuestro es uno de nuestros grandes déficits.

Un segundo tema que me gustaría tocar es el de Asia Pacífico. Alberto tiene razón cuando dice que hemos prestado bastante atención a los aspectos económico-comerciales pero poca a los aspectos más políticos. En mi opinión ello es necesariamente así, porque no veo qué mayor énfasis político podemos darle a la relación con los países de esa región. Creo

que hay que concebir la región como un todo articulado: Asia y el tema India-China como parte de los BRIC.

En definitiva, creo que nuestro gran desafío es hoy mucho menos de misiones comerciales, de explorar negocios puntualmente, de manera oportunista, apoyando en eso al sector privado, y mucho más de cómo diseñar una gran estrategia. No hay duda de que el sistema internacional está cambiando. Es cierto que hay una súper potencia pero en un segundo nivel China es una «gran» potencia y obviamente lo será por mucho tiempo. Probablemente Brasil también alcanzará ese rango de «gran» potencia.

En consecuencia, creo que nuestro problema es cómo diseñar una gran estrategia que permita articular el Estado con el sector privado en términos de un actuar permanente y sostenido en el tiempo, más que buscar oportunidades de negocios muy inmediatas o de muy corto plazo. Esa gran estrategia debería permitir construir una de base sólida, muy articulada, en la cual creo que hay países de la región de Asia Pacífico que desempeñan un papel fundamental. Entre ellos, Singapur, Indonesia y Tailandia. Todo esto articulado con una presencia creciente en el Asia en general, en China e India.

A mi juicio nuestro gran desafío es una estrategia orientada por una visión del sistema internacional de aquí a 10 o 15 años, cuando probablemente el poder de los Estados Unidos va a ser aun más relativo que hoy y tal vez será superado por el de China-India. En ese momento habría que tener allí una plataforma, una base muy bien construida y sólida que nos permita realmente aprovechar todas las oportunidades que se van a brindar.

Se han mencionado las redes sociales. Yo preferiría hablar de movimientos sociales porque en el fondo lo que están haciendo son la «infraestructura» de los movimientos sociales. Le encuentro toda la razón a Hernán Felipe cuando se muestra escéptico respecto de la importancia de la Internet en países como Egipto, pero hay otros países que están en situaciones distintas y en que se dan estos movimientos, de modo que claramente estamos observando una suerte de cuarta ola en cuanto a desarrollo político global.. Estos movimientos sociales de alguna manera se constituyen en actores que influyen en temas como medio ambiente, cambio climático, etc. Pienso que

tendrán significación en los próximos 10 o 15 años. Como las sociedades están cambiando y es probable que el fenómeno se extienda, claramente son un dato que la política exterior no puede dejar de considerar. Recuerdo lo sucedido con la convocatoria a constituir UNASUR, donde hubo mucha retórica demagógica, pese a lo cual la convocatoria a la sociedad civil y a los movimientos sociales fue exitosa. Hay allí un campo para la diplomacia: hay que entenderse con estos actores y no simplemente ignorarlos. No me refiero solamente a los foros anti-establishment. Se trata de un universo mucho más variado y complejo. En Cochabamba, en la reunión en que se aprobó el estatuto de UNASUR hubo una convocatoria previa a la reunión de Presidentes en la que un movimiento de ecologistas, que generalmente no están muy de acuerdo con las políticas de sus gobiernos, actuando con cierta dosis de radicalismo pero no en forma contestataria lograron entenderse por los canales institucionales. De hecho, en todas las reuniones internacionales participan numerosas organizaciones no gubernamentales, todas las cuales descansan en movimientos determinados.

El cuarto tema de alguna manera vincula lo regional con lo vecinal. De acuerdo con mi experiencia, en la primera etapa de la UNASUR la política brasileña se acercaba mucho a lo que es el núcleo del ALBA, era muy proactiva y, por así decirlo, poco pragmática. Podríamos explicarlo por la persona que se encontraba a la cabeza de las negociaciones. Sin embargo, en una segunda etapa Brasil actuó en más pragmáticamente, tratando de moderar las ideas al punto que al final lograron demostrarnos que si nosotros no ingresábamos pagaríamos costos más altos. A decir verdad, esto fue lo que nos movió a ingresar y la organización ha funcionado relativamente bien, en especial a partir de las comisiones en materia de defensa y salud. Pienso que al menos por unos años es la única posibilidad que tenemos de integración real. Ahora bien, no sabemos qué pasará con la nueva presidenta, pero lo que sí es claro es que lo que se tiene en la región es una coalición muy inclusiva, en la que las distancias ideológico-gubernamentales entre Chile y Colombia, por una parte, y el resto de los países por la otra, son significativas.

Tomando la UNASUR como punto de referencia, hay que subrayar que en el desempeño de Argentina hay un rasgo que

debe destacarse. La Cancillería argentina siempre se mostró pragmática en el proceso de negociación del tratado constitutivo de la UNASUR. Por consiguiente, en términos regionales y no solo vecinales, hay que enfatizar la importancia que tiene nuestra política hacia Argentina. Constituirse en una minoría dentro de la «gran coalición» sudamericana es un cuadro no muy apetecible.

Hay que volver a subrayar la necesidad de diseñar e implementar estrategias superpragmáticas. Como decía Alberto, hay que olvidar las consideraciones ideológicas y ello implica también tratar de despojarnos de posiciones extremadamente legalistas, porque ello influye en nuestra relación vecinal. Por ejemplo, es necesario llegar a 2013 habiendo sido capaces de construir una complicidad mutua que permita, llegado el momento, la viabilidad de dos discursos, que atiendan nuestras posiciones e intereses pero al mismo tiempo lo suficientemente moderados y pragmáticos como para poder mantener una buena relación.

Respecto de Bolivia, tampoco hemos tenido una gran estrategia. Ha sido un proceso de reacciones coyunturales, caracterizado más por el desaprovechamiento de oportunidades que por su aprovechamiento.

■ Juan Gabriel Valdés

(Ex Ministro de Relaciones Exteriores)

Comenzaré por el tema de la Cancillería, pero voy a plantearlo de manera bastante diferente a lo hecho hasta aquí. A decir verdad, mis reflexiones serán bastante primarias. En primer lugar, preguntaría para qué es una Cancillería y mi impresión es que es muy difícil mejorarla a menos que tengamos una razón diplomática frente al país que sea capaz de darle una línea estratégica a lo que Chile quiere hacer. Creo que hemos tenido razones diplomáticas y Teodoro tenía razón cuando

señaló que lo jurídico constituyó el eje de la forma en que Chile se situó históricamente en el terreno internacional. Dentro de la manera en que la Cancillería miraba el mundo exterior, y particularmente la región, se hacía una lectura jurídica basada en los tratados, en la participación de Chile como socio responsable, responsabilidad que se medía según nuestro grado de cumplimiento del derecho internacional. A partir de los años noventa se introdujo una nueva razón diplomática, la razón comercial. No hay duda de que en muchos momentos la Cancillería estuvo debilitada en el terreno político a la par que muy fortalecida en el terreno comercial. Quienes tuvimos la oportunidad de trabajar en la Dirección Económica de la Cancillería en el período en que se tramitaron los tratados comerciales pudimos comprobar que en la práctica – y eso seguramente Ángel lo incluye en su reflexión sobre la opacidad – los sueldos que se pagaban en la DIRECON eran distintos y muy superiores a los del resto de la Cancillería, las capacidades de contratación de gente externa aumentó de manera importante y la introducción de otros criterios, como los del ministerio de hacienda, marcaron de manera muy determinante la forma en que Chile se situaba frente Estados Unidos o a Europa en un momento determinado. Hay que recordar que durante casi todo el período en que Alejandro Foxley estuvo a la cabeza de la Cancillería, prácticamente se sustrajo de ella el tema de Estados Unidos y luego, la discusión entre los ministros de relaciones exteriores y de hacienda reveló hasta qué punto este último pretendió que todos los temas de la relación con Estados Unidos pasaran por sus manos. Por lo tanto, hubo una segunda ambición, lo que me hace pensar que debemos mirar los actores internos del proceso no solamente en términos de su coordinación. No puedo estar más de acuerdo en que el episodio de Bolivia se relaciona con la descoordinación entre el ministerio del interior y el de relaciones exteriores, en un episodio extraño. Pero no es el único caso raro ya que, por ejemplo, hasta este momento no sabemos bien qué sucede con la reunión que ha convocado el presidente García para dentro de diez días o un mes en Lima, en la que participarán México, Perú y Colombia y se dejará fuera a Ecuador y a Guatemala,

que está presidiendo el Arco del Pacífico¹. Esta es una medida que puede generar mucho debate, como también puede hacerlo la inauguración de ese regimiento a que se aludió aquí. Entonces, cabe preguntarse dónde está nuestra razón diplomática y en qué sentido funciona una Cancillería. Viene al caso recordar que un elemento esencial de lo que va a ser la política chilena en América Latina es el hecho de que tenemos cincuenta mil millones de dólares invertidos por chilenos en la región, factor que cambia nuestra manera de mirarla. Fatalmente, durante los gobiernos de la Concertación y cuando se produjo el frenesí negociador en materia de comercio exterior, las negociaciones nunca fueron con nombre y apellido, simplemente porque cuando se negociaba con un país llegaban los productores para defender sus productos y se producían discusiones entre los negociadores. No había un proceso como el actual en que existen el tema peruano o el tema colombiano. Entonces el tema del país se torna enormemente importante y pienso que debemos realizar una reflexión muy profunda para tratar de definir cuál es la razón diplomática que guía a Chile hoy, porque eso ordenaría mucho lo que queremos hacer con la Cancillería, cómo deben ser las autoridades que conducen la política exterior en este marco.

A mi juicio, es importante saber cuál es el interés de Chile en un sentido pragmático. En el caso de Brasil, en el fondo su pragmatismo radica en que tiene claro cuáles son sus intenciones y cuáles son sus intereses. Por cierto, hay desviaciones de esa claridad porque de pronto aparece una persona que tiene un discurso muy ideológico o el país actúa de manera ideológica. En una oportunidad, una distinguida autoridad diplomática brasileña me comentaba que nosotros hablamos de Humala y no de la señora de Humala, que es mucho más importante que él, y la verdad es que en Chile nadie tiene diálogo con ella. Entonces, hay un tema relacionado con Brasil que me hace pensar que es imprescindible que renunciemos a cualquier intento de política exterior ideológica y esta no es algo que se haga de manera deliberada. Por ejemplo, recibir en Chile al señor Vaclav Klaus es un gesto de amistad con la República Checa, pero no estoy seguro de que se haya medido

¹ La mesa redonda se realizó el miércoles 13 de abril de 2011.

el impacto que eso haya podido tener en la Unión Europea y dio la impresión de que Chile se sentía tremendamente identificado con él. Distinto habría sido si se hubiera tratado de Vaclav Havel. En consecuencia y por mi experiencia en *Imagen de Chile*, es muy importante dejar en claro que debemos evitar a todo precio la ideologización de América Latina, de la enorme heterogeneidad de la región. Repitiendo algo que dijo Ángel, estamos viviendo una de las transferencias de poder más gigantescas que se han dado en la historia: hoy Estados Unidos es menos que antes, Europa está en franco estado de deterioro y país por país va encaminándose a una crisis mayor. Lo que se lee de Europa es que la democracia representativa, los partidos políticos y los parlamentos no sirven para tomar las decisiones que hay que tomar y ello está llevando a opciones políticas que pueden ser perfectamente intolerables desde el punto de vista del desarrollo de nuestras relaciones con ellos. Por lo tanto, en América Latina se dará una creciente autonomía, en el sentido de que los países de la región se verán cada vez más libres para tomar opciones que les parecen propias y que responden a sus propias identidades y naturaleza, incluso cuando ellas sean primarias y radicales. Desde ese punto de vista, me parece que Chile va a vivir en una heterogeneidad peligrosa: si damos alguna señal ideológica en esa materia, aunque parezca exagerado podemos quedar en un cuadro como el que describía Ángel, reducidos a una amistad con el Uruguay, que navega su propia historia como lo ha hecho siempre y con algún otro país como Colombia.

Hay un tema que a mi juicio sería interesante examinar y es el de cómo se nos ve en otros países. En *Imagen de Chile* hicimos encuestas al respecto en Perú, Bolivia, Argentina, Brasil y Colombia. Cuando se ven los resultados surgen las dos razones diplomáticas que mencionaba, la política queda atrás y se observa de alguna manera cómo Chile se planteó en América Latina, y cómo la razón comercial llevó a este país, serio, responsable, con criterio jurídico estable a ser mirado con poca simpatía. Y no estoy diciendo ninguna novedad. En la encuesta argentina y en los focus groups se repite reiteradamente que somos buenos socios y pésimos amigos y creo que eso responde mucho a una de las maneras en que nos ven en la región. En ese contexto entonces, dadas la heterogeneidad y las

simpatías ideológicas que se generan en una de las líneas que es la línea Chávez a la que Brasil no hace asco sino más bien intenta domesticar para sus propios intereses, me preocupa enormemente por ejemplo la actitud que puede tener Brasil después de nuestro momento de la verdad o que podría tener en una situación con Bolivia. No puedo estar más de acuerdo con Teodoro cuando dice «para un país exportador (preocupa) el tema de la conciencia mundial» y yo agregaría la conciencia regional. Por lo tanto, hoy por hoy enfatizar la relación con Argentina y la relación con Brasil tienen directa relación con tratar de cautelar cualquier reacción negativa ante Chile después del fallo de La Haya y que vaya a tener consecuencias sobre el tema boliviano, porque no puede dejar de tenerlas. Vuelvo entonces al comienzo y reitero que la reflexión a que ustedes han invitado se torna indispensable y es fundamental que podamos tener un intercambio franco que permita ir definiendo exactamente qué queremos que Chile exprese al resto de la región. Esto va más allá de la buena relación que podamos tener con Obama o con Europa, porque la verdad es que en la región esa percepción será cada vez más limitada.

Quisiera terminar con una sola referencia a Bolivia. A mi me correspondió negociar el tema en Algarve y puedo dejar constancia de lo que puede significar la desconfianza boliviana. Como antecedente, diré que al asumir la Cancillería, Edmundo Pérez y yo trabajamos largamente en la idea de liberalizar a cero el comercio con Bolivia, de tal manera de facilitar un diálogo distinto. En ese momento, Edmundo Pérez estaba muy interesado en desempeñar un rol en el tema boliviano, cosa que trató de hacer después como Cónsul General. Pues bien, en Algarve el ministro Murillo me entregó una lista de quince temas que estudié, llegando a la conclusión de que no teníamos problemas con ninguno de ellos. Por esta razón, al llegar a La Habana a una reunión iberoamericana le dije: «Ministro, la respuesta es sí». El ministro quedó tan desconcertado que quiso detener la reunión y abandonar la sala, o sea, la idea de llegar a un acuerdo con nosotros le producía tal desazón que era incapaz de quedarse en la mesa. La jefa de la Dirección económica boliviana de la época lo hizo desistir. Cuando llegamos a los trece puntos, todo se basó en la opinión de un canciller boliviano, Gustavo Fernández, que propuso llegar a

un acuerdo fijando un plazo de, digamos, cinco años, durante el cual se trabajaría sobre los puntos. Esto era construir una política que durara en el tiempo. Es cierto que, como me lo comentó Alberto, Gibraltar ha durado más de cinco años, pero lo importante es que los dos sectores tienen conciencia de que el artificio de la negociación debe mantenerse en el tiempo, porque en algún momento puede darse la posibilidad de un acuerdo. Pero cualquier intento de forzarlo, de encontrar un sustituto para actuar en forma sorpresiva puede tornar imposible la situación. Pienso que Chile no puede vivir toda la historia enfrentando este problema y creo que la solución es de a tres, en un clima jurídico y dentro de un marco político completamente distinto del actual, porque no me parece que podamos reparar el tema en el norte de Chile sin llegar en algún momento a un acuerdo entre los tres. En cuanto a Argentina y Brasil, me parece que hay que avanzar en algunas cuestiones esenciales, por ejemplo el túnel y otros que podrían ser importantes. De acuerdo con lo que he escuchado en esta sala hay márgenes para un acuerdo muy grande respecto de lo que debemos hacer y de la manera en que debemos hacerlo y solo lamento que el frenesí al que se ven sometidos los ministros y los subsecretarios, así como las autoridades de la Cancillería en general, que deben hacer múltiples cosas en el día, hace imposible una reflexión. Mientras no tengamos capacidad de reflexionar sobre esto y preparar algún tipo de informe para entregar a las autoridades, no vamos a tener el tipo de política de Estado que a mi juicio debemos tener.

A continuación de las intervenciones anteriores se abrió un debate en el que los participantes aportaron ideas sobre temas que no se habían examinado en profundidad. Respecto de la modernización de la Cancillería y en vista de que se había señalado con insistencia en la necesidad de coordinación, se planteó si ello significaba también que debía darse entre la Cancillería y el Congreso, esto es, si había que coordinar la acción de dos poderes del Estado. Al respecto, se hizo referencia a una antigua disposición que exigía la aprobación del Senado para el nombramiento de los embajadores. Uno de los

participantes se manifestó muy contrario a esta posibilidad puesto que en Chile no hay un método claro de *screening* de los candidatos y una disposición en este sentido podría significar una politización mayor en los nombramientos. Era partidario de que estos se realizaran con el conocimiento de un panel compuesto de manera mixta, con participación limitada del Congreso. Lo importante es que se aplique un método que permita conocer mejor la idoneidad de los candidatos. Tras señalar que lo que se había dado en Chile era la exigencia de un acuerdo del Senado y que en ningún momento significó que la prerrogativa del nombramiento no radicara en el Ejecutivo, otro de los participantes destacó que un sistema que exigiera la aprobación del Senado significaría «partidizar» más que politizar porque equivalía a abrir la puerta a situaciones en que intervengan las mayorías y las minorías. Un sistema de cuoteo efectivamente puede tener malos resultados y el problema había procurado resolverse mediante el sistema de Alta Función Pública, a fin de quitarle a los puestos de designación presidencial el carácter de botín político. Si bien no hay sistemas a toda prueba, estaba de acuerdo con la idea de un panel que efectivamente estuviera por encima de cualesquiera intereses políticos. Uno de los participantes que en su calidad de parlamentario había participado en la discusión de la reforma constitucional de 2005 dijo que se había jugado fuertemente por un sistema en que el Congreso fuera mucho más participativo en el proceso de aprobación de los tratados, con lo cual al menos en materia de tratados actualmente el poder presidencial está más limitado que antes. En cuanto a la participación del Congreso en las designaciones dijo que, a su juicio, hoy los parlamentarios tienen mayor comprensión y conocimiento de los temas internacionales y en consecuencia su participación es más especializada. Un tercer participante retrucó señalando que por desgracia se llegó a un punto en que personas fueron nombradas por presiones de parlamentarios, por lo que era partidario de que exista algún método de control que permita señalar al Ejecutivo o al canciller que un nombre determinado no es adecuado.

A propósito de la adquisición de sedes para el funcionamiento de las embajadas, a juicio de un participante se trataba de un tema que depende de los recursos que quiera destinar el

Estado a su política exterior. En Chile esto era un problema serio que se relaciona con el hecho de que la Cancillería no ha sido capaz de proyectarse dentro del Estado y sobre todo frente a Hacienda. En Chile hay un programa de adquisición de propiedades para el funcionamiento de las misiones, pero es muy modesto y se ha utilizado principalmente para comprar sedes para consulados, que no son tan caros como podrían ser las propiedades destinadas a sede de embajadas. En opinión de un participante, hay un elemento en que juega la forma de mirar las cosas y para algunos el oficio de diplomático no tiene suficiente prestigio. Por esta razón era muy importante transmitir lo que hace la Cancillería.

Otro tema a que se aludió fue el de la composición de la Cancillería, que ha cambiado mucho en los últimos 10 años. En las contrataciones ya no predominan las personas con formación jurídica y actualmente se da una alta heterogeneidad. Entre la gente joven que ingresa a la Cancillería se percibe un sentido de vocación que en cierto modo se había perdido. Al parecer, la clave estaría en buscar incentivos para el ascenso a fin de no desalentarlas.

En cuanto al tema de la mediterraneidad de Bolivia y teniendo en cuenta que una disposición de la Constitución boliviana establece un plazo, que se cumple en 2013, para lo que llama «reivindicar» la soberanía sobre el mar, un participante expresó que esa disposición va a complicar mucho la relación entre Chile y Bolivia, por lo que era muy importante poder construir una doble agenda. Una sugerencia era crear una asociación civil y a través de ella establecer una política de intercambio estudiantil, de formación de técnicos, etc. Había que utilizar nuestro *softpower* generando una intercomunicación que atenúe las dificultades de la relación.

Finalmente, en lo que se refiere al tema de la importancia de las redes sociales, uno de los participantes dijo que entendía que se trata básicamente de las nuevas formas de comunicación y que en los casos en que se les ha atribuido responsabilidad en los levantamientos ocurridos en algunos países, no ha habido realmente un movimiento social. Según otro de los participantes, estas redes sociales tienen más impacto en una situación de represión y que en nuestro país el contexto es diferente. Lo importante es que las nuevas tecnologías de la

• DOCUMENTOS •

información tienen gran capacidad para pasar por encima de los actores tradicionales establecidos. Un elemento digno de mencionar era que antes de que existieran había diarios y estos publicaban fotos, por lo cual en este tema había un elemento de temporalidad.